

ACOGER ESPERANZA PARA ALUMBRARLA

(Acoger la Esperanza, en espera activa, para alumbrarla)

Hna. Arantxa Jaca

I. ORACIÓN INICIO

Un nuevo Adviento
llama a nuestra puerta.

Adviento de **un hombre, de una mujer que busca;**
que ha desencantado muchas cosas,
pero que se siente internamente vacío;
que ha anunciado la muerte de Dios,
para crear nuevos dioses de mentira;
que se embota con objetos de oropel
y ha perdido el sabor de lo sencillo...

Adviento de **un Dios que nos busca**
y **sale siempre a nuestro encuentro;**
que sigue creyendo en los hombres y mujeres
a pesar de nuestros olvidos y rechazos;
que hace nacer nuevas esperanzas
de nuestras cenizas y desilusiones;
que siempre empuja a los hombres y a las mujeres
a crear justicia y derecho en la tierra.

En un nuevo adviento más,
cargado de recuerdos y memorias,
Dios llama a nuestro corazón;
"Levantaos, alzad la cabeza";
no oteéis mares desconocidos;
mirad a vuestro interior;
allí hay una riqueza mayor
que la que cargaban las naves de Indias.

"Estad siempre despiertos";
porque hay una brújula y una estela
que lleva a puertos de esperanza
a pesar de nuestras quiebras y naufragios.
"Se acerca vuestra liberación";
no buscada con espadas y corazas,
sino con una cruz salvadora
que hermana a personas de toda raza.

Adviento que nos dice quedamente:
"Levantaos, alzad la cabeza",
Dios sigue creyendo en el hombre, en la mujer;
La persona puede navegar hacia Dios.

Timonel: endereza tu rumbo.
Alza la cabeza...
Alza el corazón

Javier Gafo

Por eso:

Ven, Señor, a avivar la esperanza en los corazones.
Ven, Señor, a descubrirnos los signos de los tiempos.
Ven, Señor, a traernos tu salvación.
Ven, Señor, a sacarnos de la mediocridad.
Ven, Señor, a sentarte a nuestro lado.
Ven, Señor, a ilusionar nuestra vida.
Ven, Señor, a llenarnos de alegría.
Ven, Señor, a despertarnos de la rutina diaria.
Ven, Señor, a ser nuestra luz en el camino.
Ven, Señor, a mantenernos vigilantes.
Ven, Señor, a mostrarnos caminos de libertad.
Ven, Señor, a responsabilizarnos de nuestra tarea.
Ven, Señor, a todos los que te esperan.
Ven, Señor, en el silencio que te busca.
Ven, Señor, en el encuentro del hermano.
Ven, Señor, en la palabra, en el acontecimiento.
Ven, Señor, en cada instante y llena nuestra vida de sentido.
Ven, Señor, y muéstrate a toda persona que te busca.

(Imágenes situados delante = Símbolos)

II. INTRODUCCIÓN

Después de esta ambientación inicial, enmarcar brevemente el tema. En el mismo título he querido recoger el mensaje para este tiempo, teniendo en cuenta que en este Adviento la Iglesia nos ha dejado, también, otra tarea, en un momento histórico complejo y delicado, como es la de redescubrir ser Iglesia, hoy y aquí, desde el impulso del Concilio Vaticano II, renovando, ahondando, profundizando, reflexionando, para ello, nuestra fe. ¡Preciosa y necesaria misión para crecer, madurar, dar pasos alternativos de Vida en y para la humanidad!

Por eso, el título, dividido en tres partes, que serán los tres aspectos de la reflexión, es la invitación y el deseo para este tiempo y para la vida, porque la vida entera en un constante esperar “más” mientras, al mismo tiempo, vamos construyendo e intentando sembrar más el Reino de Dios. Los tres aspectos, por lo tanto: 1. Acoger; 2. La Esperanza (lo pongo en mayúsculas porque no es cualquier esperanza, sino que la nuestra tiene, o debería tener, por lo menos, Rostro y Ser concreto y único); 3. Alumbrar.

Las dos primeras (acoger y lo que se acoge –Esperanza-), podríamos decir que supone el adentrarse, situarnos en la raíz; y, la tercera (alumbrar), es el fruto que se

hace efectivo, que se expande en lo concreto aquello que hemos saboreado, vivido, buscado, encontrado, en la raíz o en la experiencia de raíz...

III. REFLEXIÓN

1. ACOGER

1.1. ACOGER EN LA RAÍZ

Podríamos decir que hay tres acogidas troncales en la que se tendría que basar la acogida, nuestra acogida.

a) Si Adviento nos recuerda, nos llama, nos invita a algo, teniendo delante la Navidad, es a **ser acogida** y a **acoger**. Y no por ese carácter dulzón, tal falta de contenido o significado con la que se ha “llenado” este tiempo entre los turrónes, mazapanes, polvorones, luces tan artificiales, los anuncios que nos invitan a volver a casa por Navidad y a ser “buenos” con tantas iniciativas solidarias, muchas veces en un ambiente ficticio, sino porque Navidad nos “muestra”, nos manda el mensaje que **Dios ha optado por “acoger” la humanidad**. Es decir, ha decidido y optado por “acoger” ser persona humana. Si en un momento concreto de la historia, Él no hubiera optado por “acoger” otra posibilidad, por “abrirse” a otra posibilidad para “mostrarse”, para Ser, no hubiéramos conocido su “rostro” concreto y su manera de ser, mostrado en Jesús de Nazareth. Acogida que supuso para Dios arriesgarse, lanzarse, abrirse a algo nuevo, “**salirse de sí**” o de lo de “siempre” (para hablar de alguna manera), ofrecer otra alternativa inexistente hasta ese momento y sabiendo, además, que sería imperfecto, mediocre, frágil..., cuando Él lo ES TODO por sí mismo. Decide ponerse “a la par del otro” en el estilo de ser; y ese ponerse a la “par” es hacerse hombre, optar por algo más frágil; optar por no ser del “todo” Él, sino “algo menos”. Es como si en un momento concreto de la historia Dios “sintiera”/ “pensara” que algo más hacía falta en la humanidad y tenía que colaborar con algo más “concreto” en ese proyecto iniciado por Él. Es como si quiera mostrar cómo ser humanidad nueva, cómo ser humanos por caminos de vida, de plenitud..., hasta ese momento no entendimos ni percibidos de manera adecuada. Pero aporta de una manera diferente a nuestros esquemas: nosotros buscaríamos algo grandioso, Él lo más sencillo, lo frágil, lo “imperfecto”. Dios siempre acoge lo más sencillo para hacerlo capacidad, posibilidad de Él. Dios desconcierta... ¡Menudo atrevimiento el de Dios, y llamada que tendría que suponer para nosotras! → Mt 1, 18; Lc 1, 26-33; Jn 1, 14.13

Y, por otra parte, también, no hay que olvidar que **Dios ha “vivido” la experiencia de ser acogido** por parte de María y de Jesús. Ha tenido que hacer esa experiencia para seguir adelante con su proyecto de más Vida desde el Amor. Dios que se “somete” a una experiencia, que “depende” de los demás... No lo entendemos... Una vez más, Dios se nos “escapa”.

b) Por otra parte, **si María no hubiera acogido la invitación y misión que Dios le mostraba** en un momento concreto de su vida, no se hubiera dado la Encarnación. Dios quiso que esa acogida que dispuso para sí fuera real, humana, concreta, pero necesitaba que fuera consentida, respondida en libertad... Acogida que no se dio sin dificultades, sin zozobras, sin dolor... Acogida que se dio en la confianza, desde la escucha, desde el cuestionamiento y el diálogo... Acogida que suponía un acto y experiencia de humildad profunda, por parte de María, porque se sentía y sabía “acogida” por Dios, de manera especial, percibiéndose tan pequeña, tan “nada”. Acogida que también le llevó, a María, a “**salirse de sí**”, porque le rompía todos sus planes, no entraba en sus esquemas semejante propuesta. Y, también, “sale de sí” para correr a proclamar y contagiar la Presencia que vive en sus entrañas; no puede callarlo; sus pies necesitan correr hacia los demás. Y es cuando esa proclamación de la experiencia, de la Presencia se hace servicio... **Acogida a lo desconocido, a lo desconcertante**... → Lc 1, 34-37

c) Y la **acogida por parte de Jesús del plan de Dios**, del Padre, ha hecho posible que hoy estemos aquí como cristianos en búsqueda y entrega de vida. Es decir, ha sido posible que la humanidad tenga el mejor Tesoro de Vida y la mejor fuente de Vida, y que tengamos la misión de hacerlo extensible. Acogida de un proyecto de vida concreto por Amor, que conlleva en sí la muerte, por su estilo tan concreto, comprometido y molesto para determinados estamentos y ámbitos, pero que es oportunidad de nueva y más Vida. Y, al mismo tiempo, en Jesús también se da la **experiencia de sentirse acogido** por el Padre → Mt 3, 16-17; Mc 1, 9-11; Lc 3, 21-22 ⇒ Bautismo: experiencia de Jesús de ser “acogido” por el Padre; Lc 4, 18-21 ⇒ Acogida por parte de Jesús del proyecto del Padre.

Por lo tanto, la Acogida que nos propone el Adviento nos lleva o conlleva en sí una serie de actitudes, de exigencias de raíz que deberíamos hacerlos carne de nuestra carne, porque ha sido la “opción” de Dios: apertura, atreverse, arriesgarse, mirar y ver, oír y escuchar, diálogo, confianza, optar-libertad, interpelación, respuesta, hacer nuestro, dolor y zozobra, posibilidad de equivocarse, muerte,

encuentro, experiencia gozosa y de amor, oportunidad/creación de más vida, asumir la fragilidad y la limitación, “salirse de sí” para los demás, experiencia profunda de ser acogido, humildad, sencillez, dar cabida a lo desconocido, a lo que desconcierta, a lo nuevo superando “lo de siempre”, saber comunicarlo, colaborar, ponerse en lugar del otro...

1.2. ACOGER LA NECESIDAD DE CADA MOMENTO

Y, al mismo tiempo, la Acogida de Adviento, nos interpela de manera insistente, por esas características que conlleva, a acoger cada momento, a acoger las necesidades de cada momento. Con lo cual, es una Acogida activa, permanente, renovada... porque Dios es así.

Por lo tanto, nuevamente podemos decir que, acoger, supone dar cabida en nosotros a algo “diferente” a nosotros mismos; y que está unido inevitablemente a la escucha, a la apertura, a estar alerta, vigilantes, a estar atentos y bien despiertos. Y es el gran compromiso, cometido... que tenemos los cristianos. Mucho más, en situaciones más duras, en las que parece que cada uno vaga a su suerte, a ver cómo sobrevive en este mundo, en esta humanidad. Esta humanidad que es parte de la divinidad, toda ella, porque Dios ha querido participar en la historia de manera humana, pero aportando y siendo “más”; y, además, una acogida que “complica”.

Y es una acogida que implica y complica porque supone:

- no caer en el escepticismo y la indiferencia
- despertar activamente la esperanza
- no dejarnos arrastrar por la insensatez
- atrevernos a ser diferentes
- que no se apague en nosotros el deseo de buscar el bien
- no desentendernos de quien nos necesita
- seguir haciendo pequeños gestos
- buscar a Dios en la vida, desde la vida y para la vida

2. RAZÓN U OBJETO DE LA ACOGIDA: LA ESPERANZA

2.1. Motivo de Esperanza (en mayúscula)

Y pongo Esperanza en mayúscula porque para acoger, dar cabida a la esperanza no hace falta ser creyente, ni cristiano, ni católico... Hay muchas personas

que hoy están involucradas en un proyecto de esperanza, que están dando cabida a la esperanza en sus vidas. Dicho de otra manera, hay muchas personas que están involucradas en un proyecto de hacer más equitativo y justo los derechos humanos, más habitable el mundo, más sostenible la naturaleza, la creación y sus fuentes de recursos, que sean escuchados la voz de los sin voz... Muchas ONGs, muchos grupos, particulares, asociaciones, colectivos... se empeñan, se esfuerzan, se entregan y hasta mueren o son detenidos y ultrajados por la esperanza y el deseo de una vida más justa. Por lo tanto, tendrá que haber alguna clave, algo especial en los creyentes que haga que esa esperanza sea diferente o que suponga un plus. Y la clave puede venir de la respuesta que demos a la pregunta que Job nos plantea: “¿Dónde ha quedado mi esperanza?” (17, 15). En esa doble vertiente: a) Dónde se fundamenta mi esperanza: de dónde viene, dónde queda su raíz; b) Cuestionarme si soy persona de esperanza permanente o no: la esperanza es parte de mí, la voy perdiendo, me he olvidado de ella, la cuido, qué hago de ella y con ella...

Y la gran aportación del cristiano, de la nuestra... a la Esperanza, para que sea en mayúsculas, es que la raíz de la misma se encuentra en el amor; pero no en cualquier amor, sino en el Amor de Dios. Nosotros esperamos, deseamos y trabajamos por algo mejor, gritamos una y otra vez que es posible algo nuevo, porque, que el mundo sea más habitable, creativo, sostenible, justo... es el proyecto del mismo Dios; y el suyo es un proyecto de Amor. Tenemos que hacer que todo sea más justo, más equitativo, más sostenible..., porque lo creado por Dios, especialmente el ser humano, es creado por y con amor infinito y pleno, con pasión y con compasión; y, por lo tanto, cada uno adquiere valor “divino” (entendiendo que es criatura de Dios). Es creado por algo, para algo, con un inicio, con un fin, y, también, un posterior. Por lo tanto, el caminar de esa criatura tiene sentido y no puede darse de cualquier manera. Todo en él está hecho para la plenitud en justicia.

2.2. Características de la Esperanza

Los cristianos tenemos tres hechos que nos remarcen la raíz, el ser, la clave de nuestra Esperanza, en mayúsculas: a) El hecho de la creación; b) El hecho de que Dios nos regale como ser humano a su Hijo Jesús; c) El hecho de que el Hijo sea Resucitado (= plenificación y eternidad). Son tres himnos, tres cantos, tres poemas... de Esperanza con Amor o de Amor con Esperanza.

2.2.1. La Creación (= Génesis 1-2-3) → Esperanza creadora

La creación (leyendo, adentrándonos atentamente en el relato del Génesis lo podremos ver) nos aporta la perspectiva de que Dios no es amigo del caos (y caos es más que desorden). Y, por lo tanto, decide ordenar creando al mismo tiempo que va poniendo nombres, tiempos, separando la luz de la oscuridad, relaciones, límites de vida... Y empezar a ordenar un caos sólo puede ser fruto de un gran y profundo amor gratuito acompañado de una gran dosis de paciencia. Y así instala armonía, equidad, belleza... en la creación. De esta manera, la Historia no es sucesión de hechos en el tiempo sino que se convierte ya en Historia de Salvación. Es la Esperanza de más vida en la Vida.

Pero esto casi parece bucólico, porque la realidad y la historia nos dicen que el ser humano, desde la libertad mal empleada, puede estropear, y de hecho estropea, esa ordenación. Su actuación se desboca y se descontrola, con todas sus consecuencias. Por lo tanto, no parece que hayamos entendido muy bien ese orden de la y en la creación que Dios quiere. Pero machaconamente, por amor, Dios nos lo quiere mostrar en una segunda ocasión y de una manera diferente, además. Y, ahí, nos regala el segundo hecho.

2.2.2. Dios hecho Humanidad en Jesús de Nazareth → Esperanza encarnada

El segundo hecho es lo que celebramos, hacemos nuestro en Navidad: Dios pone su tienda entre nosotros, y lo hace a través de una persona humana: Jesús de Nazareth. Un ser humano, de carne y hueso, como cada uno de nosotros, pero que aporta la Esperanza de ser humano y de hacer humanidad de otra manera distinta pero concreta al mismo tiempo: al estilo de Dios. Y, para ello, lo pone a vivir con y como nosotros, a crecer en estatura, en humanidad, en sabiduría con nosotros, a caminar con nosotros pero con nuevos toques, a morir de forma impensable, y a seguir siendo y viviendo de manera inimaginable, de manera pascual.

2.2.3. El hecho de la Resurrección → Esperanza resucitadora

La Resurrección de Jesús nos muestra ese deseo profundo, insistente y eterno de Vida por parte de Dios. El grito de que la vida o la luz prevalece siempre sobre la muerte o la oscuridad aunque no nos parezca. Esa llamada a la Vida definitiva para cada uno desde nuestra creación. Este hecho a la esperanza le da otra luminosidad, porque nunca hay un punto y final, sino punto y seguido.

Uniendo a estas características troncales, hay otros dos aspectos o características que merecen ser destacadas, porque, implícitamente ya se dan en los tres anteriores pero, quizás, no quedan lo suficientemente subrayados, y resultan importantes no perderlos de vista. Y son las dos siguientes:

2.2.4. La plenitud de la Esperanza no es de este mundo → Plenificación de la Esperanza

Es importante tener presente que toda acogida que hagamos, que vivamos, que experimentemos siempre conocerá límites, fragilidades..., también la de la Esperanza; porque, de otra manera podremos frustrarnos. Nos vamos dando cuenta en la vida que **la “plenitud” no nos pertenece**, porque no es de este mundo, y, también nos vamos dando cuenta de la importancia de convivir con ella, acogerla, hacerla parte de nosotros mismos (esa no plenitud o esa finitud), con paz, sosiego, sin miedo a reconocerlo, y a responderle hoy y aquí. **Pero desde la fe experimentamos**, al mismo tiempo, que **hay un “después”** de esta vida terrena en la que se da la vida plenificada, la vida resucitada, a la que siempre hemos deseado, anhelado, suspirado... Y, desde ahí, la esperanza, la espera con un sentido de “más”. Y aquí entra en juego la actitud de la paciencia, por aquello del: “Ya sí, pero todavía no”.

Y, curioso, porque, al mismo tiempo, en esa vida plenificada, resucitada, la fe nos dice que ya no hay esperanza, no resulta necesaria la esperanza, que la esperanza ha “desaparecido”, porque el ser humano vive en la plenitud y eternidad para la que ha sido creada; vive ya en plenitud lo que anhelaba, esperaba; ya no se espera nada sino se vive lo que se esperaba. Es el mensaje de que a Dios le importa cada ser humano, cada creatura, y, de una u otra manera, eso quedará “demostrado” por su parte.

2.2.5. La Esperanza acoge en sí la desesperanza → Binomio de la Esperanza

Sabemos de la esperanza porque conocemos la desesperanza. Por lo tanto, podemos decir que la esperanza sabe mucho de desesperanza; o, más todavía, la una contiene a la otra. Y es importante darse cuenta de ello porque Dios, precisamente, con su humanización, quiso ofrecer una nueva oportunidad de Vida a todos, y, especialmente, a los que habían perdido o se les había hecho perder toda esperanza de vida. Y eso lo podemos ver, sobre todo, en el ser y actuar de Jesús. Por

lo tanto, Él es especialista en responder con esperanza a situaciones de desesperanza.

Por eso mismo, los cristianos deberíamos interpretar los momentos más negros de la historia (= momentos de desesperanza) como signos de liberación (= oportunidad de esperanza). Y, desde ahí, buscar afanosamente la manera concreta de insertarse en el que resulte el más eficaz y honesto proceso de liberación humana, que es crear ámbitos y realidades de esperanza.

Y, Adviento es eso: recordarnos que todavía está por llegar en plenitud lo que en el día a día está viniendo, está llegando y quiere llegar, pero que tiene su curso, su tiempo, su “sello” concreto (la de la Esperanza en mayúscula), y hay que seguir trabajando, preparándose, acogiendo, abriendo fronteras... en camino. Que siempre se puede más, que siempre hay más cabida para Dios que ya viene, que ya habita, que ya está aquí, pero que cada vez quiere ser más visible, más constatable o perceptible. Y Adviento es, por eso mismo, también, invitación a que la espera, la esperanza sea activa, sea más constructora de humanidad, esté oteando y recorra otros horizontes posibles.

Y esta invitación hay que hacerla realidad.

3. ALUMBRAR LA ESPERANZA

Dando cabida a todo lo anterior tenemos que concluir que la esperanza de una nueva humanidad nos la aporta el mismo Dios en Jesús; nos la aporta, por lo tanto, Jesús en su forma de actuar, de ser, de vivir, de pasar por la vida..., tal y como nos lo muestran los evangelios. Por eso, la esperanza será el sueño de posibilidad del Reino de Dios, de ese orden del caos... Y la pasión por el Reino será también la pasión por la esperanza; y la pasión por la Esperanza nos llevará a la pasión por el Reino, el Reino de Dios, Reino de Amor y Vida en orden, en justicia, en equidad. Por lo tanto, esto nos llevará a ser activos de una manera concreta. Y yo lo he querido recoger en una palabra muy significativa para estas fechas pero que aglutina lo necesario de nuestra acción: alumbrar. Y alumbrar tiene que ver, también, con **maternidad**, con entrañas, con algo muy **femenino**, con todo lo que ello supone.

Pero, un detalle más, alumbrar requiere un paso previo: **gestar**. Y la gestación tiene su tiempo, su proceso, su cuidado, su atención..., y es fruto de un encuentro de Amor, en circunstancias normales (embarazo). Con esto se nos dice que así como la esperanza cristiana supone un “más”, nuestro obrar/actuar también tiene que aportar un más porque brota desde el mismo Dios. Dios actúa en y con **procesos**, en encuentros, y no en y con la última ocurrencia, tal y como podemos percibir a lo largo de las páginas de la Biblia. Y la Navidad nos subraya precisamente eso: Dios se “somete” a un proceso de gestación de nueve meses en el seno de una mujer antes de darse a la luz, antes de ser alumbrado, antes de mostrar y regalarnos su “rostro” concreto, antes de darse a conocer concretamente. Además, antes de llegar hasta este momento, ha tenido todo un proceso previo, y que queda recogido en todo el Antiguo Testamento. ¿No nos dice nada este hecho?

Por otra parte, no **somos nosotros los creadores** de la nueva humanidad, sino que la hemos acogido en esperanza desde una experiencia de encuentro, de presencia con el Creador (= gestación) y, después, somos enviados a ser portadores (= alumbrar). Por lo tanto, lo nuestro es ser colaboradores o lo que se denomina como cocreadores, no dueños.

Y, una **experiencia**, además, que nace porque a nosotras también alguien nos ha transmitido previamente el mensaje, la “causa”, el “motivo” de la experiencia. Una experiencia que es el motor de nuestra fe y vida. No una fe y una vida que se alimentan en el cumplimiento, sino en la vivencia en el Encuentro con Alguien.

Por lo tanto, entra en juego otro aspecto: la **transmisión**. Lo que San Pablo dice en la carta a los Romanos: “¿Cómo van a creer, si no oyen hablar de él?; y ¿cómo van a oír sin alguien que proclame?; y ¿cómo van a proclamar si no los envían? Lo dice la Escritura: ‘¡Qué hermosos los pies de los que anuncia el Evangelio!’ ...como dice Isaías: ‘Señor, ¿quién ha dado fe a nuestro mensaje?’. Así pues, la fe nace del mensaje, y **el mensaje consiste en hablar de Cristo**”. Importante y fundamental. Nuestro mensaje no son nuestras palabras, sino hablar de Cristo, y eso lo tenemos recogido en los evangelios, sobre todo. De ahí, la necesidad de conocer, de adentrarnos cada vez más en el mensaje, en la esencia del evangelio.

Además hay otro hecho, y es que tenemos que alumbrar, sembrar, evangelizar, **sin saber la respuesta o el resultado**, inmediato en el tiempo, por lo menos; eso que, precisamente se busca tanto en estos momentos, y que dependiendo de él se valora más o se valora menos a la persona. Esta “gratuidad” o

realidad nos tendría que hacer cuestionar mucho a nivel social, a nivel de nuestras comunidades, congregaciones, órdenes...

Por lo tanto, no es un **alumbrar** a mi manera, sino **a la manera de Dios**. Y lo hemos dicho: creativamente, encarnándose, resucitadora, plenificada, con binomio... Y ello supone, también lo que hemos dicho: apertura, atreverse, arriesgarse, mirar y ver, oír y escuchar, diálogo, confianza, optar-libertad, interpelación, respuesta, hacer nuestro, dolor y zozobra, posibilidad de equivocarse, muerte, encuentro, experiencia gozosa y de amor, oportunidad/creación de más vida, asumir la fragilidad y la limitación, “salirse de sí” para los demás, experiencia profunda de ser acogido, humildad, sencillez, dar cabida a lo desconocido, a lo que desconcierta, a lo nuevo superando “lo de siempre”, saber comunicarlo, colaborar, ponerse en lugar del otro...

E ir alumbrando a la manera de Dios, del Dios de Jesús, se va aprendiendo poco a poco, es un **aprendizaje**, sabiéndose y sintiéndose en proceso constante y continuo, dentro y teniendo en cuenta nuestros límites y fragilidades, sin angustias y sin miedos, aunque haya momentos que podamos titubear.

Pero el aprendizaje **hay que alimentarlo**, cuidarlo, darle tiempo y energías. Muy muy importante, porque resulta la base; una base que se fundamenta en la escucha constante, reiterada pero que resulta nueva, a la manera bíblica, y no en cualquier escucha. Por lo tanto: “¡Shemá, Israel!”.

Desde ahí, podemos ir encontrando actitudes y formas de alumbrar la esperanza; y, para ello, por ejemplo, lo concreto de las lecturas de los Domingos de Adviento, en cada ciclo los correspondientes, especialmente los evangelios. Y así podremos escuchar, en este ciclo C, que tenemos que levantarnos, alzar la cabeza, tener cuidado, estar despiertos, pedir fuerza, mantenernos en pie, conversión, renunciar a la discriminación y al privilegio, dejarnos bautizar con Espíritu Santo y fuego, humildad y sumisión como fruto de la desconcertante voluntad de Dios. Todo esto se podría concretar, pero no me adentro en ello, sino que lo quiero hacer en clave, en el sentir oracional; quizás, como un aporte más específico desde mi estilo de vida.

Jesús también recoge todo su mensaje, su actuar, su testimonio, su exigencia, el deseo del Padre, en la única oración que nos ha dejado. No lo hace solo a través de un sermón (que, quizás es lo que más fácil hacemos = hablar a los demás), sino también en clave, en el sentir oracional (que es lo que más nos cuesta). Es curioso e

interpelante. Ello, el hacerlo así, nos indica desde dónde debemos partir, dónde debemos sustentarnos, desde dónde tiene que brotar nuestra transmisión: desde Dios, desde el Padre; no desde mí, sino desde Él. Y la oración moldea, nos debe moldear porque supone un desde Él, y un desde Él concreto, y no desde mí. Por eso, no cualquier oración, sino aquella que nos lleva a ponernos de pie para salir al encuentro de la otra persona y de nosotras mismas, porque si no sabemos lo que es encontrarnos con nosotras mismas, acogernos a nosotras mismas, difícilmente sabremos encontrarnos, acoger a la otra persona; oración que nos implica más en la construcción del Reino; aquella que es creadora y generadora de esperanza; aquella que tiende la mano pero que, al mismo tiempo, para sacar lo mejor de la persona y llegar a donde todavía no ha llegado –cf. S. Agustín- exige con amor; aquella que nos lleva a amar, a perdonar, a mirar, a ver, a escuchar, a ser, en definitiva, cada vez más como el Dios de Jesús... De aquí que, Jesús nos dejara la gran oración, como estilo de oración; para indicarnos por dónde y hacía dónde debe ir nuestra oración... Una oración que nos llama a construir el Reino de Dios en la tierra, teniendo los ojos puestos hacia el cielo y los pies en la tierra: el Padre Nuestro.

Por eso, para que nuestro acoger y alumbrar la Esperanza se sustente, se fundamente en un “más” de Dios:

Oremos con esperanza y para cuidar el origen de la Esperanza: *Padre Nuestro que estás en el cielo*. Así comienza la oración que Jesús enseñó a sus discípulos. Llamándole a Dios Padre. Y diciendo que es padre de todos. Porque así es el Dios de Jesús: nuestro, Padre de todos, no sólo mío. Y es Padre del cielo. No un padre dominador ni opresor, que hace doblegar a todos a su dictado, sino Padre más allá de la tierra (no sólo en ella), justo, tierno y fuerte, perdonador y vivo. El que nos llama a ser como Él, cuando en la tierra, somos padre-madre. Y eso es lo que buscamos con esperanza.

Oremos con esperanza y para cuidar el origen de nuestra Esperanza: *Santificado sea tu nombre*. Dios no es cualquier cosa. Dios tiene que ser cada vez más Dios en el corazón de cada uno y en esta tierra de hoy. Tenemos que descubrir a Dios insertado en la vida de cada día, tanto en los momentos difíciles y de sufrimiento como en la belleza del mundo. Eso es, hoy y aquí, confesar su nombre, su ser, llamarle Santo. Y eso es abrir las puertas a la nueva esperanza.

Oremos con esperanza y para cuidar el origen de nuestra Esperanza: *Venga a nosotros tu reino*. No es el reino de poder y de la fuerza de este mundo. El reino significa nueva vida, germinado por el amor; la vida que vamos construyendo al estilo de Jesús: una vida que tiene como fundamento el amor, la justicia, la dignidad, la solidaridad, la paz... El reino nos quiere manifestar que no tiene límite, pues es un

camino que siempre está abierto cuyo objetivo es Dios. Y esto es vivir en la esperanza de un mundo nuevo.

Oremos con esperanza y para cuidar el origen de nuestra Esperanza: *Que se haga tu voluntad, como en el cielo también en la tierra.* Los caminos de Dios son caminos de invitación a que cada cual encuentre su recto camino. Esa es su voluntad, que cada uno consolide los fundamentos de la vida, en libertad, para que vaya abriendo o labrando su camino. Las dificultades y tropiezos no nos deben desanimar, o, por lo menos, nos deben de desanimar cada vez menos, porque el Espíritu de Jesús habita en cada rincón iluminando el camino de felicidad de cada uno. Y esto es vivir en la esperanza ya en esta tierra.

Oremos con esperanza y para cuidar el origen de nuestra Esperanza: *Danos hoy el pan de cada día.* La vida, la tierra, el universo me han sido dados. No los he creado yo. Lo tengo que descubrir y lo tengo que aceptar, pues no todo está en mis manos. Nuestras capacidades son muy limitadas y nos resulta necesaria todos los días la ayuda de Dios, el pan. Y Jesús nos llama a tender la mano, para ofrecernos luego mutuamente el pan que nos resulta necesario para vivir y que nos viene de nuestro Padre. Hoy hay muchos hambrientos de pan: privados de sus derechos y dignidad. Pedimos la fuerza para convertir en realidad ese pan para vivir. Porque queremos ser constructores de nueva esperanza hacemos esta petición.

Oremos con esperanza y para cuidar el origen de nuestra Esperanza: *Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden.* Uno puede entender que la medida del perdón se lo ponemos nosotros a Dios: porque nosotros perdonamos, perdona Tú, también, Señor. No es así. Primero nos perdona Dios. Eso es lo que queremos tener siempre presente. Y como el Padre perdona, perdonar también nosotros a los que nos ofenden. Soltando el lazo del odio, poner nosotros también el remedio a muchas enfermedades. Entonces seremos testigos del perdón de Dios. Esa es la señal “de la esperanza del cielo” en esta tierra.

Oremos con esperanza y para cuidar el origen de nuestra Esperanza: *No nos dejes caer en la tentación, más líbranos del mal.* En nuestro interior y en nuestro rededor nos tiran con fuerza los males que nos hacen salir de nosotros mismos: el querer estar por encima de los demás, el querer dominar al otro, construir nuestra felicidad sobre el sufrimiento del otro, manipular al otro de acuerdo a mis intereses... Y todo ello hacerlo en nombre de Dios. Esas tentaciones son reales, están muy vivas. Siempre han existido. Y hoy también. Pedimos a Dios Padre la **entraña** de su Espíritu para que no nos atrape el mal. Tener la confianza de que Dios nos sostiene, quiere decir vivir con esperanza en la dificultad.

Oremos con esperanza y para cuidar el origen de nuestra Esperanza: “Amen”. Esto es, que sea así, es así. Lo ratifico. Es una “Amén” confiado porque es la voluntad

de Dios, el deseo del Padre que no quiere más que nuestra felicidad. Y esto hace a la esperanza gozosa, iluminada.

Una hermosa oración, en verdad. Para orarlo con y en esperanza, despacio, sin prisa, haciéndolo nuestra, y como sustento y fundamento de la misma esperanza; para ser conscientes del eco que va resonando en la vida de cada uno de nosotros; para coger el Aliento de Jesús. Es una oración que nos lleva hasta las entrañas de la vida. Una oración para fortalecer nuestro deseo, nuestra esperanza, en Aquel que es fuente de toda Vida y Amor, en Aquel que nos reconforta, y, por lo tanto, fuente de la esperanza, porque Él mismo es Esperanza.

Vivir desde ahí y así, en esa clave, nos haría personas gozosas, alegres, sinceras, luchadoras, abiertas, realistas, comprometidas, sintiéndonos y sabiéndonos con el mejor Tesoro entre manos, y lo contagiaríamos.

Estamos el inicio del tiempo litúrgico que supone, incluso, una preparación para el origen/el fundamento/la raíz de nuestra fe, que es la Resurrección pero cuyo comienzo se sitúa en la Natividad... Llamada a adentrarnos. Y se convierte más especial esta semana que viene, en la que ya nos encontramos a las puertas. Ojalá que, en clave oracional, vivencial, en las entrañas, podamos gestar y alumbrar esa admiración por Dios (reflejado en las “¡Oh!” de las antífonas del magníficat de cada día), que se traduce en admiración por la humanidad, por el ser humano al estilo de Jesús, y que nuestra vida sea reflejo permanente, actualizado del encuentro y presencia con: la Sabiduría (día 17, lunes); con el Adonai-Pastor (día 18, martes); con el Renuevo del tronco de Jesé que se alza como signo nuevo (día 19, miércoles); con la Llave de David y Cetro de la casa de Israel que libera (día 20, jueves); con el Sol que nace de lo alto, que es justicia (día 21, viernes); con el Rey de las naciones y Deseado de los pueblos, que por ser piedra angular unifica toda división y salva toda fragilidad (día 22, sábado); con el Emmanuel, Señor Dios nuestro (día 23, domingo).

Adviento: “Dios que nos busca y sale siempre a nuestro encuentro”.

Que sea así.